

La firma Pinochet Willy Thayer

Willy Thayer es Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE. Coordinador del Programa de Teoría Crítica y Director de Ediciones Macul. Estudió filosofía en la Universidad de Chile (1975-1981) y en la Universidad Complutense de Madrid (1987-1990). Especialista en Teoría Crítica, ha desarrollado una trayectoria en la que la cuestión de la Universidad en relación con la configuración del saber promovido por el proyecto moderno, contrasta con el agotamiento y la crisis categorial que ha golpeado el sentido y el función de esta institución en las últimas décadas. No debe sorprender entonces que una de sus obras —La crisis no moderna de la universidad moderna, de 1996— haya sido recientemente re-editada y haya acrecentado su vigencia y actualidad a la luz del escenario presente de la educación superior en el contexto neoliberal.

Pensando en las interrogantes planteadas por nuestro dossier, aquí presentamos una serie de escritos que se suman al espíritu y tono de una crítica severa, elaborada al ritmo de una veintena de años, y que dejan ver la fuerza de un pensamiento que no deja de marcar distancias con la institucionalidad que le es contemporánea.

I

1- En el año 2005 María Olivia Mönckeberg publicó una investigación periodística titulada *La privatización de las universidades*. Este libro testimonia, según intensidades distintas, más de lo que su relato informativo testimonia.¹ Testifica el Golpe de Estado como una refundación dictatorial soberana de la educación en Chile, refundación operada en el doble movimiento de retirar la regla y abrir la excepción, por una parte, movimiento que tiene lugar entre 1973 y 1979; y el movimiento de naturalizar la excepción volviéndola regla, por otra, movimiento que se inició visiblemente en 1979 con la publicación, en *El Mercurio*, de las *Directivas Presidenciales Sobre Educación (DPSE)*.²

¹ Las investigaciones periodísticas en Chile, durante la dictadura, y en parte durante la renovación democrática, cumple el rol que en tiempos “normales” corresponde a la investigación judicial.

² Para el historiador Gonzalo Vial Correa, Ministro de Educación a la fecha, las DPSE constituían “la puesta en marcha de un plan que no admitía más premura ni retraso” (*El Mercurio*, 6/3/79). Lo que en dicho plan se proyectaba era la “readecuación de la educación chilena en un solo sistema educacional desde la parvularia hasta la adulta”, readecuación —cuya “conducción” declaró asumir *personalmente* el General Pinochet— que venía preparándose desde el mismo 11 de septiembre de 1973: “Los cinco años anteriores habrían servido para establecer instrumentos y bases previas. Sin eso, no se podría hacer hoy nada de lo que ordena la DPSE: El Colegio de Profesores, la regionalización del Ministerio de Educación, la carrera docente, etcétera, son algunos de esos cimientos de que habló el Presidente, sin los cuales no podríamos seguir avanzando. Por lo demás, muchas de las ideas que ahora van a materializarse no estaban antes maduras para ello. Por ejemplo, la nueva institucionalidad universitaria habría sido imposible sin el trabajo que han hecho los rectores-delegados para despolitizar y reordenar las universidades en lo

Hasta el año 79, faltaban aún por instituir tres instancias suficientes para que la refundación jurídica de la enseñanza neoliberal se concretara: 1) la Constitución Política plebiscitada sin registros electorales en 1980; 2) la ley general de universidades de la Dictadura, publicada el 3 de enero de 1981; 3) la Ley Orgánica Constitucional de 1989. Directivas y leyes que subordinan el *derecho a la educación* y el Estado Docente, al principio de la *libertad de enseñanza* y de la *sociedad docente*, con todo lo que se ha visibilizado y se sigue visibilizando al respecto desde el levantamiento de los estudiantes secundarios y universitarios el 2006, levantamiento sostenido que con sus consignas de “fin al lucro”³ y “gratuidad universal”, tuvo su punto de inflexión durante el 2011⁴, poniendo en cuestión, sin rebasarlo, el marco de la educación neoliberal instalado desde 1979, marco que se había venido naturalizando y fomentando, durante más de 30 años,⁵ y que continua hoy como una interfaz que tienta hacerse indiscernible con los cuerpos.

2- En su conferencia inaugural al coloquio *La universidad (im)posible* realizado en la UMCE en Santiago de Chile (2016), Peggy Kamuf evocaba la experiencia de un cierto “apocalipsis de la universidad” norteamericana en lo que podía preverse como la clausura sin resto, sin resistencia, de la universidad americana en la lógica equivalencial del corporativismo financiero. En su evocación hacía referencias también a la transición neoliberal de la universidad chilena operada por el Golpe de Estado de 1973 y a la Dictadura en Chile de la Escuela de Chicago. Todo ello en los siguientes términos (y cito en extenso lo que creo imprescindible incorporar de su texto):

“Hace diez años, en un ensayo titulado ‘Accountability’, reflexioné sobre la conocida analogía entre universidad y mercado. Mi pregunta era básicamente: ¿existe aquí de hecho una analogía? Una analogía, por supuesto, presupone una cierta diferencia entre los términos o entidades que se comparan, un intervalo que los mantiene separados y que por lo tanto permite la comparación. En 2006, me preocupaba analizar las fuerzas que estaban, y que habían estado desde hace ya algún tiempo, tentando de cerrar [...] “la brecha abierta” [...] prescindir por completo [...] del espacio residual de la diferencia. La universidad [...] debe ser fundada [...] para ocupar un espacio no solo como un mercado,

administrativo, lo económico y lo académico” (Vial Correa, *El Mercurio*, 6/3/79). “El régimen establecido para las universidades a partir del 11 de septiembre de 1973, les significó una fuerte recuperación en todo sentido, pese a que no se eliminó a numerosos causantes del desgobierno, quedando enquistados y constituyendo, en la actualidad, elementos negativos en potencia que cuando pueden desarrollar actividad proselitista. El país y las universidades agradecen a ese régimen, y a los señores rectores delegados, actuales y anteriores, que la enseñanza superior, en gran medida, se haya visto libre de activismo revolucionario; que se haya reordenado administrativa y financieramente” (Pinochet, *El Mercurio*, 6/3/79).

³ La prohibición al lucro en planteles de educación, estaba contemplado en la Constitución Política de Pinochet.

⁴ De entre ello destaco lo siguiente: a) que en Chile no se crearon cincuenta o más industrias universitarias nuevas, sino empresas postindustriales que bajo el nombre jurídico- publicitario de universidades son, antes que nada, instancias de rentabilidad crediticia; b) que en los sistemas de becas de educación el becario es un medio indirecto para el enriquecimiento bancario; c) que la Dictadura, Concertación mediante, creó un sistema de colegios subvencionados que, salvo excepciones ideológicas o confesionales, obtienen la mayor ganancia cuantitativa con el menor costo cualitativo.

⁵ Inflexión estudiantil que desestabilizó significativamente la rentabilidad del CAE y luego la ley de gratuidad gradual según estándares de ingreso familiar, que ha incorporado a la educación técnica superior no universitaria. Todo ello financiado por el Estado subsidiando capitales privados que rentabilizan con fines de lucro en el rubro de la educación. Todo ello siempre en la interfaz neoliberal y sus principios de subsidiariedad y sociedad docente (a contrapelo del derecho a la educación y del Estado docente).

sino para [...] saturar todos los dominios de la experiencia posible sin resto [...] como valor universal equivalente. En los Estados Unidos esta traducción casi se ha completado. Solo permanecen algunos focos de resistencia, aquí y allá, notablemente en “la” universidad. Ahora es el momento de clausurarlas.⁶ No mucho tiempo después de que evocara este apocalipsis de la universidad, en algún momento del año siguiente leí *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre* de Naomi Klein. Recuerdo que proporcionaba algo así como la narrativa maestra mundial dentro de la cual ubicar la desaparición de la brecha entre la universidad y el mercado. Klein no se refiere directamente a la corporativización de la universidad, aunque otros, por supuesto, han escrito al respecto desde hace más de diez años.⁷ Pero, hojeando recientemente el libro de Klein, me acordé que la universidad, sin embargo, jugó un papel clave en lo que su narrativa posiciona como el disparo de apertura en la guerra del capital corporativo contra el interés público y la esfera pública. Porque, como sin duda no necesito recordarles a muchos de ustedes, aquí, en Santiago, ese disparo de apertura fue dirigido a Chile y sus armas fueron estudiantes y profesores [...] la historia comienza en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, donde Milton Friedman y un círculo duro de anti-keynesianos estaban ansiosos por probar sus teorías en terreno. Pero a mediados de la década de 1950 la economía de Estados Unidos estaba en auge bajo principios esencialmente keynesianos que mantuvieron a raya el corporativismo. Así, Friedman y su cuadrilla estaban a la intemperie, nadie los escuchaba, por lo menos en Washington. Pero entonces llegó la oportunidad de experimentar con las fortunas económicas de otra sociedad. Esta oportunidad surgió del viaje a Santiago de Chile del entonces presidente del Departamento de Economía de Chicago, Theodore Schultz, un verdadero discípulo de la doctrina de Friedman, quien, coludido con un funcionario de la Administración para la Cooperación Internacional de Estados Unidos, trajo de vuelta a Chicago, como lo describe Klein: “un plan que convertiría Santiago, un semillero de la economía centrada en el Estado, en lo opuesto, un laboratorio para experimentos de vanguardia sobre el mercado, ofreciendo así a Milton Friedman lo que deseaba hacía tanto tiempo: un país en el que poner a prueba sus queridas teorías. El plan original era sencillo: el gobierno estadounidense pagaría para enviar a estudiantes chilenos a aprender economía en lo que prácticamente todo el mundo reconocía que era el lugar más rabiosamente anti “rosa” del mundo: La Universidad de Chicago. Schultz y sus colegas en la universidad también recibirían dinero para viajar a Santiago, investigar la economía chilena y formar estudiantes y profesores en los fundamentos de la Escuela de Chicago⁸ [...] Aquellos de ustedes que ya conocen esta historia, o recuerdan el relato de Klein, también recordarán que el funcionario del gobierno estadounidense encargado de poner en práctica el plan,

⁶ Peggy Kamuf. “Accountability”. *Textual Practice* 21, 2 (2007), 255.

⁷ Ver en particular Bill Readings, *The University in Ruins*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1996. En español contamos solo con la traducción del segundo capítulo de este libro, titulado: “La idea de excelencia,” trad. Pablo Abufom, en *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias*, Raúl Rodríguez Freire y Andrés Maximiliano Tello eds. Santiago: Sangría, 2012, pp. 29-78. Para un ejemplo más reciente, ver Christopher Newfield. *The Unmaking of the Public University: The Forty-Year Assault on the Middle Class*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2008.

⁸ Naomi Klein. *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. New York: Picador, 2007. [Trad. esp.: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós, 2007, 91-2.].

se acercó primero a la Universidad de Chile, pero el claustro de su Departamento de Economía no fue del todo receptivo a la idea, pues reconocían el abismo que los separaba del librecambismo de la Escuela de Chicago [...] este mismo funcionario de Washington se dirigió luego a la Pontificia Universidad Católica de Chile, que en ese entonces no tenía un departamento de economía —una circunstancia mucho más favorable dado que la idea fue implantar allí un departamento importado desde Chicago. Por cierto, esta historia se ha contado con mucho más detalle y con un análisis más de cerca en el libro de 1995 de Juan Gabriel Valdés: *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile* [...] El “Proyecto Chile,” como se le denominó oficialmente, fue lanzado en 1956 y durante los siguientes catorce años cien estudiantes chilenos fueron a Chicago y regresaron a Chile con sus títulos en economía avanzada. Hacia 1963, señala Klein, la Pontificia Universidad Católica (PUC) exhibía un nuevo Departamento de Economía en el que doce de los trece miembros del claustro eran graduados del Programa de la Universidad de Chicago. “Ahora,” escribe Klein, “ya no hacía falta que los estudiantes chilenos viajaran a Estados Unidos: cientos de ellos podían recibir una educación al estilo de la Escuela de Chicago sin salir de casa” (94).

Como sin duda ya saben, esta historia de la transferencia de la ideología a través de la universidad tuvo una secuela importante. Durante el primer año de la desafortunada presidencia de Salvador Allende, un grupo de los “Chicago boys” algunos de los cuales eran profesores de la PUC— se dispuso a trabajar, con el respaldo de la CIA, en la preparación de un manual para la modernización de la economía nacional de Chile, una vez que el Golpe hiciera borrón y cuenta nueva, aplicando uno de esos tratamientos de choque que Friedman había defendido insistentemente. Estos académicos estaban preparados, tan pronto como el Golpe estuviera consumado, para, en palabras de Orlando Letelier citado por Klein, “complementar la brutalidad de éstos [los generales] con los activos intelectuales de los que carecían” (105). O como Eduardo Galeano ha escrito: “Las teorías económicas a Milton Friedman le dieron el Premio Nobel. A Chile le dieron al general Pinochet (Klein, 107)” (Kamuf, pp. 22).

3- El libro de Mönckeberg testifica, también, el despliegue efectivo del orden jurídico neoliberal durante los gobiernos de la Concertación,⁹ despliegue en que el reparto universitario fundado por la Dictadura fue democráticamente naturalizado y fomentado con la consolidación de un sistema de educación superior subordinado a la rentabilidad de capitales financieros abstractos, junto con el traspaso a privados de bienes e instituciones del Estado (Mönckeberg, 2001).

4. Testifica, además, el pasaje de la Dictadura a la Concertación (de partidos por la democracia); es decir, a la consolidación democrática del dispositivo empresarial-jurídico-parlamentario diseñado por la Dictadura, dispositivo que no podía entrar en la globalización bajo régimen militar. Más allá de que la neoliberalización tolera cualquier tipo de gobiernos para abrirse camino. En este pasaje de la Dictadura a la Concertación, de la soberanía a la rentabilidad

⁹ *El negocio de las universidades en Chile* (2007) y *Con fines de lucro* (2013) son otros de los libros de María Olivia Mönckeberg en los que se testifica este despliegue.

financiera abstracta, no hay crisis sino consolidación, fomento y disponibilidad¹⁰ del marco instalado por la Dictadura, y traducido, en el ámbito educacional, como *Los desafíos de la educación chilena frente al siglo XXI* en 1994, por el Comité Técnico Asesor del Presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle (presidido, al igual que el anterior, por José Joaquín Brunner).

Esta testificación del libro de Mönckeberg está asociada a otra de sus investigaciones periodísticas publicada en 2001, que tiene por título *El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*¹¹. Este libro expone también el pasaje de la Dictadura a la Concertación. Y en este pasaje no hay crisis, no hay ruptura, no hay refundación, no hay transición de marco. Lo que hay es reajuste burocrático, comisarial, de aseo y ornato, conservación y fomento de lo expropiado, distribuido, fundado por la Dictadura; de lo firmado soberanamente por Pinochet, firma que continúa firmando. ¿Firmando qué? El ensamble entre el Estado soberano nacional y la gestión empresarial transnacional; firma Pinochet que continuó firmando el plano en que se desarrollaron los gobiernos soberano-gestionales de la Concertación, y en que se desempeña ahora el gobierno de la Alianza por Chile, que asume el relevo concertacionista de lo firmado por Pinochet. Las doxas científicas camuflaron la transición pinochetista y le endosaron la transición a la Concertación ocultando que la firma de Pinochet signó el marco constitucional de los Gobiernos concertacionistas. Esto es algo que piensan y dicen los pinochetistas cuando exigen que se reconozca que fue Pinochet el que cambió el país, y ahí no se equivocan, salvo que piensan más en la persona que en la firma, la firma, el nombre de muerto que sigue firmando lejos más allá de la vida de su portador.

Y no fue difícil que la Concertación se plegara a la doxa cientista-social, que en gran medida le donó la lengua que la hace comparecer activa y agente de la recuperación de la democracia. Pero, ¿qué democracia recuperó la Concertación? En cualquier caso no recuperó ninguna. Lo que hizo la Concertación fue encarnar la máquina gestional empresarial transnacional de gobierno de poblaciones firmada acá por Pinochet; poner en ejercicio ; un parlamento de corporaciones SA que decide no por soberanía, sino según indicadores de riesgo, seguridad y vulnerabilidad empresarial, oportunistamente gestionando ideologías y liturgias republicanas como un recurso mediático de glorificación, estetización y fetichización del *nuevo* modo de producción, de este modo de producción sin modo que constituye el paradigma gestional que subordina a su burocracia el paradigma soberano.

En cualquier caso el prefijo trans, puesto cotidianamente en juego en sintagmas comunes como transnacional, transcultural, transdisciplinar, transversal, *transformer*, no nombra de suyo un movimiento deconstructivo de la identidad. Es decir, no nombra un movimiento que ni viene de una identidad ni va hacia otra identidad, y que sólo tendría lugar erosionando por doquier la identidad, las topologías, sin fundar *nuevas* ni devastar *viejas*. El prefijo trans que se pone en curso cuando decimos paradigma gestional empresarial transnacional es acontecimentalmente identitario, homogeneizador, taxonómico, regularizador, en su pluralismo, como el valor de cambio que, si bien puede metaforizarse infinitamente y es la metaforicidad infinita a distintas velocidades y tiempos, lo es en

¹⁰ Cf. Informe de la Comisión de Estudio de la Educación Superior. *Una política para el desarrollo de la educación superior en la década de los 90*. Santiago de Chile, 1990. Disponible en http://www.brunner.cl/?page_id=4254

¹¹ Santiago de Chile: Debolsillo, 2015

términos dialécticos de capitalización y gobierno, de *Katekhon* o contención a lo satélite universal que como el viejo sol artesanal es siempre el mismo y no se pierde, no se descapitaliza en la variedad que ilumina.

5. El Golpe no ocurrió *en* la historia de Chile sino *a* la historia de Chile, transformando *a posteriori* su historia ya sida y su futuro anterior. Si las ciencias sociales mayoritariamente leen el Golpe como un paréntesis en la historia democrática del país, ese paréntesis habría que distribuirlo, a contrapelo de la posición convencional “(...)”, de modo invertido “)...(”. Esta inversión no pretende demonizar el Golpe de Estado como algo que irrumpe desde fuera de la historia. Más bien descarta cualquier voluntad explicativa del acontecimiento del Golpe como interrupción de la historia democrática de un territorio. El paréntesis invertido dispone a la Dictadura como escena de inteligibilidad de la democracia bicentenaria chilena, haciéndola visible como régimen opresivo y violento. Violento no porque uno de sus recursos a la mano sea el uso de las armas, de la fuerza de las armas, o de las fuerzas armadas; sino porque el monopolio de las armas, el monopolio de la violencia sanguinaria es, en la democracia soberana, estructural: no se define por un disparo o dos, sino por la tenencia monopólica de las armas.

6. Habría una paradoja conjugándose en lo que las ciencias sociales denominan “transición”. Y me refiero a lo siguiente: el paradigma gestional-empresarial de gobierno de poblaciones según el cálculo financiero, instalado por la Dictadura, sería un límite del paradigma industrial soberano nacional estatal de gobierno. Pero es el propio paradigma soberano el que bajo una de sus expresiones características, la *dictadura soberana*, lleva la soberanía a su límite. Como si la soberanía que muere en el cálculo y la gestión empresarial buscara su extenuación bajo la hipérbole dictatorial. Es la propia soberanía la que, subordinándose al cálculo de la rentabilidad financiera, *hace morir* a la soberanía mediante una dictadura soberana. La hace morir *dejándola vivir* subordinada a ese cálculo de rentabilidad financiera. La dictadura soberana funda una Constitución que redistribuye la contención soberana en la incontinencia del cálculo empresarial y su acumulación post-soberana.

7. Lo que transita con la dictadura es la soberanía misma. Ese tránsito o mutación, asfixia, no sin resistencias, el esquema de regulador universitario moderno según la crítica especulativa de la facultad menor o de filosofía —hoy en día sobreviviendo bajo los nombres de humanidades, crítica, feminismo¹²—, en medio del despliegue efectivo de la rentabilidad financiera de capitales atópicos.

8. El desplazamiento del Estado como centro-sujeto de la historia nacional, al mercado ex-céntrico empresarial-transnacional, supuso el extravío de las categorías y gestos articulantes de la universidad (y la gobernabilidad) modernas: Estado, pueblo, saber, técnica, verdad, responsabilidad, historia, progreso, lengua, y otras derivadas; resistencia, reflexividad. La transición dictatorial depotenció la institución categorial de la universidad moderna y su conflicto constitutivo entre la investigación fundamental y la investigación aplicada; entre crítica y saberes canónicos, modernismo y modernización. Conflicto que regulaba la profesión de fe modernista de la universidad moderna y que hacia de ella, y de la universidad moderna, antes que nada, una relación reflexionante respecto del saber/poder.

¹² Ver Judith Butler y Pablo Oyarzún: <https://www.youtube.com/watch?v=issnmo0sfrE&t=1654s>

8. Bajo la interfaz neoliberal la universidad chilena paulatinamente dejó de ser un rubro específico de producción y reproducción de conocimiento para transformarse en un vehículo de capital financiero abstracto. Y el capital *financiero* carece de rubro específico: se rentabiliza bajo cualquiera, o en varios simultáneamente según ciclos de auto-crecimiento. De modo que un mismo holding financiero puede agrupar, bajo el principio de la rentabilidad, un consorcio de universidades, una sociedad inmobiliaria, una cadena farmacéutica, de colegios o casinos de juego, o de bancos, una AFP, una flota pesquera, varias de estas a la vez u otras.

9. En la interfaz universitaria neoliberal chilena no es que la universidad esté financiada por capitales provenientes de diversos rubros; sino que el capital financiero sin rubro subsume bajo su rentabilidad cualquier rubro en condiciones de rentabilizar. Entre ellos el rubro universidad o educación, o salud, etc. La rentabilidad financiera constituye la misión y el principio de excelencia de la universidad en la interfaz neoliberal, de modo que es excelente lo que rentabiliza al máximo según el menor costo. Imposible, por tanto, en la universidad neoliberal —o posible como resistencia en lo imposible— el principio moderno de la calidad. Toda calidad, todo bien de consumo o usuariedad universitaria en la heteronomía de la rentabilidad financiera —títulos, grados, investigación, docencia, extensión— está tramada como *valor académico* de *valor de rentabilidad*; o dicho más concretamente, *como valor de uso* de *valor de cambio*. Si liberalmente un bien de consumo supone la calidad, neoliberalmente la mercancía —la universitaria, la educacional— es un consumo sin bien; o consumo del bien como de rentabilización financiera.

10. La moral, la función, la responsabilidad en/de la interfaz financiera, exige que la rentabilidad subordine a la calidad. Irresponsable, sería lo contrario. De modo que nuestras universidades neoliberales son universidades excelentes en cuanto a la extracción de rentabilidad. Las instituciones que no entran o que resisten a ese rigor, se constituyen como irresponsables.

11. Como toda empresa de rentabilidad extractiva, si bien se proyecta para rendir indefinidamente, lo hace en cada rubro o circuito, según el cálculo de rentabilidad en la vida media mínima de ese rubro o circuito. Ese cálculo dice relación al estrato viviente con el cual la interfaz necesariamente se roza y ensambla, y que le sirve de combustible. Siendo, a la vez, tal estrato viviente —en tanto combustible— un material inflamable al que pragmáticamente se le mide la temperatura. Si en el rubro universitario, supongamos, el combustible se pone caliente, como ocurrió con las movilizaciones de 2011, el capital financiero se desplaza. Ni siquiera se desplaza. Esta desplazado desde ya. Carece de emplazamiento, de aura, sugeríamos.

12. La interfaz neoliberal universitaria chilena habría cumplido un ciclo de extracción posible a la velocidad de perros hambrientos sobre la olla sin poder diferir el estímulo. La temperatura había subido al límite, el 2011, y *el fondo del aire se estaba poniendo rojo*. Esto no quería decir que la extracción neoliberal sufriera un revés estructural. Solo indicó, póstumamente, que se hacía necesaria otra reforma a la educación (Bachelet 2016) que intensificara la extracción de rentabilidad o de subsidiariedad del Estado a capitales privados (la sociedad docente) en el rubro “educación”. Esto ha implicado una lentificación en la extracción de rentabilidad, desestabilizaciones para instituciones empíricas, pero no para el capital financiero abstracto.

13. *La esencia es la debilidad* (Nietzsche) anotaba el pensamiento incondicional del siglo XIX europeo con la concisión que lo caracteriza. La interfaz neoliberal universitaria revela su esencia, su acontecimiento, cuando la *Comisión Nacional de Acreditación (CNA)* estatal-empresarial de la calidad de las instituciones universitarias es condenada penalmente, a través del encarcelamiento de su Presidente Luis Eugenio Díaz,¹³ por los cargos de “cohecho, soborno, revelación de secreto y negociación incompatible en la acreditación de instituciones de educación superior”.¹⁴ La sentencia condena a muerte, se pudo pensar, la verosimilitud universitaria neoliberal al hacerse visible su pulsión rentista desenfundada como fraude neoliberal, con la consecuente desvalorización cambiaria de la mercancía en juego: los estudios, los títulos y grados vendidos, la marca universitaria de la mercancía vendida. Masivamente se visibilizó que su misión, su verosímil, no era académico, no era la calidad sino la rentabilidad financiera en una modalidad inadecuada, aunque vigente: el fraude, el crimen, el narcocapital como condición sin ley, sin condición, de la ley y de la condición.

14. La interfaz neoliberal se hizo visible también en el cierre ominoso de la Universidad del Mar sancionado por el Ministro Beyer en el 2012, exhibiendo ante las poblaciones vivientes que ni la calidad de las instituciones, ni la calidad de los usuarios, ni la calidad del bien de consumo, era lo que decía ser a través de su publicidad y su razón social jurídica. En un capitalismo de servicio el *cliente tiene la razón*, y cuando devuelves la mercancía, te devuelven el dinero. Acá no había mercancía que devolver, y los contratos y la modalidad de las garantías te imponen seguir pagando ... aunque tu universidad —o tu vivienda— desaparezcan. Y si no pagas, pagas igual, porque el Estado empresarial garantiza el pago a los privados con el dinero que tu le aportas cuando consumes una cerveza o compras un libro.

15. Lo más ominoso de la interfaz neoliberal compareció esos días con el reconocimiento *vox pópuli* de que casi la mitad de los estudiantes universitarios chilenos, en su mayoría jerarquizados como estudiantes de primer y segundo quintil, se estaban convirtiendo en estudiantes universitarios de universidades no universitarias o no acreditables como universitarias por el mismo sistema de acreditación neoliberal, convirtiéndose, también ellos, en estudiantes universitarios sin valor de cambio universitario, en pobladores timados por el placebo académico que la interfaz educacional neoliberal chilena, con gran polución visual publicitaria, les vendió; por el Congreso Nacional que legisló dándole sustento jurídico a dicha interfaz; por los intelectuales que construyeron y fomentaron dicho modelo; por los gobiernos que lo gobernaron; por el Estado empresarial, finalmente. Pobladores que mientras más advierten el timo sin vuelta que los envuelve, ven cómo la calidad académica que compraron en un ritual vinculante estetizado, se disipa en las arcas del capital abstracto ¡Pero bueno!

¹³ “Luis Eugenio Díaz cobraba \$100 millones por 5 años de acreditación [...] según los antecedentes de la investigación de la fiscalía que evidencia cómo fracasó el sistema que debía custodiar una educación de calidad y cómo se distribuyeron los dineros del Crédito con Aval del Estado (CAE) sin control. El escándalo del contrato entre Díaz y la U. del Mar extiende la sospecha sobre media docena de universidades [...] Díaz intervino a favor de la U. SEK, de Jorge Segovia, y su vínculo con el ministro de Justicia y dueño de la U. Autónoma, Teodoro Ribera”. Mónica González y Juan Andrés Guzmán. “Las pruebas que confirman la venta de acreditaciones a universidades privadas”. *Ciperchile*, 10.12.2012. Disponible en <http://ciperchile.cl/2012/12/10/>

¹⁴ <http://ciperchile.cl/2012/12/10/>

16. El descrédito universitario de las universidades neoliberales chilenas, sin embargo, no es absoluto. Se produce principalmente en el choque con el paradigma o la idea universitaria moderna, en que la misión y la excelencia no es la rentabilidad financiera, sino la relación crítica con la sociedad, la lengua, el saber, la técnica, la historia, el conocimiento, la memoria. En su escrito *Sobre el porvenir de nuestras instituciones de enseñanza* (1871-2), Nietzsche describe irónicamente (lo referíamos en el cap. xxx) la modernización de la universidad alemana y la pérdida de su conflicto crítico, genealógico: “a mayor ilustración, mayor producción, a mayor producción mayor ganancia, a mayor ganancia, mayor felicidad”. El principio de la interfaz neoliberal chilena sería más alambicado: “a menor calidad, mayor publicidad; a mayor publicidad, un crecimiento exponencial de la masa estudiantil profesional y universitaria; a mayor crecimiento exponencial, mayor ganancia” ... ¿y la felicidad? ... Bueno, la felicidad se traduce como *entertainment*, universidad entretenida del aprender a aprender, la desmaterialización del libro y la lectura, la traducción imperial de la escritura a la indexación. También la infelicidad como una grisalla en la que ni la tristeza germina.

17. Con la interfaz neoliberal no solo la universidad, la democracia, el Estado, el Congreso, modernos mutaron. Hasta las cordilleras y los cielos mutaron. Como nubes virtuales de spray plateado y dorado, se climatizan en las vidrieras de los rascacielos y nuevos centros urbanos de la acumulación, el cinemascopio al aire libre en que las puestas de sol se multiplican en un *collage* cinético de sombreados —esa simultánea de espejos enfrentados en progresión geométrica, cinemascopio abierto hacia su infinita inmanencia sin afuera, mientras sobre las poblaciones vivientes cae, durante las 24 horas del día la semana completa, el mantra de la publicidad y el noticiero en que te dispone la neoliberalización urbana, paisaje endoscópico para las nuevas poblaciones que cruzan los pasos de cebra, descienden por la escalera del metro, hacen malabares en un semáforo, miran por la ventana, encienden el plasma hundiéndose en el sillón; o se desplazan a alta velocidad por la súper carretera mirando en reojo la fogata allá abajo, el güiro con angustia, mientras la luna brilla en lo alto cruzando la polución. Por muchas partes el muralismo animado del cristal que no deja huellas ni forja palimpsestos, el odio a la memoria del astro neoliberal del cono sur que fulgura en el pantano transgénico de la región.

18. En la transición ocurre que las categorías políticas, estéticas, económicas, los gestos poblacionales de un mundo en desazón, coexistan, se crucen o transfieran al mundo emergente. Suele ocurrir que persevere la misma usuariedad de los nombres para referir instituciones que han mutado, sin que mute con ellas dicha usuariedad nominal. Cuando eso ocurre de modo sintético, entra en escena la *estetización*. Estetización quiere decir *transferencia sintética de categorías propias de un modo de producción a otro*. La transición de paradigmas operada por la dictadura aplicará sintéticamente cualidades propias de la universidad moderna —pero también cualidades teológico-medievales, incluso griegas— a la interfaz universitaria neoliberal. Lo mismo las ocupaciones y preocupaciones cotidianas en el horizonte neoliberal se estetizan con auras y supersticiones de cualquier cronología a través del *cartoon network* expandido de la publicidad diluviando sobre las poblaciones vivientes.

19. El año 2011 habrá sido un momento de inflexión que hace visible para las poblaciones universitarias y no universitarias que la obtención de la mayor ganancia al menor costo ha constituido la misión de la educación neoliberal chilena; que la rentabilidad financiera ha sido su

principio de calidad. En este mismo año J.J. Brunner y Carlos Peña editan una antología titulada *El conflicto de las universidades: entre lo público y lo privado*. En su prólogo, un compendioso ensayo de casi cincuenta páginas, los autores intentan auratizar la grisalla de la interfaz universitaria financiera, con trajes, valores, consignas y funciones extraídas de la universidad medieval europea pre-estatal y de la universidad *postmoderna*, como ellos dicen. La universidad moderna estatal desaparece en su texto reducida a una institución totalitaria de la que los autores rescatan como único valor cierta guardianía laica de un universalismo anti-endogámico.

20. La retórica del ensayo es historicista. *Érase una vez*, nos dirán ... *Érase una vez*, según “muestra la indagación histórica¹⁵ —y parafraseamos y citamos su texto— el origen de las universidades europeas ... *Érase* que las universidades nacieron por Europa en el siglo XIII, crecieron espontáneamente como callampas en el seno de una sociedad civil anónima, con marcado sentido comunitario, orientadas a intereses públicos y financiadas, claro, en gran medida, por sus estudiantes ... *érase* que surgen las universidades desde escuelas preexistentes, de carácter eclesiástico ... o de profesores ... que recibían en sus casas a estudiantes que por un precio obtenían instrucción ... *érase* que los estudiantes internalizaban la totalidad de los costos ... *érase* estos antecedentes ... Fueron las universidades de Salerno, Bolonia, París, Oxford, Montpellier, Padua ... la primera universidad imperial en Nápoles y la primera universidad papal en Tolosa ... los *studia generalia*, la *ratione fundatorum*, la *ratione privilegiorum*, el *ius ubique docendi* ... el *Studium*, el *Sacerdotium* y el *Regnum* ... *érase* la *translatio imperii* y la *translatio studii*, la *potestas secular* y la *sapientia scholastica* ... *éranse* los *litterati* o “vendedores de palabras” ... *éranse* los estudiantes que de un mismo origen geográfico se reunían en naciones con el fin de negociar mejores condiciones con sus profesores allí donde estos enseñaban por pago ... *Érase* que las cosas cambian y que emerge la *Kulturstaat* ... la fusión del *Studium* y el *imperium* (26) ... las universidades prusianas y la universidad napoleónica ... la progresiva concentración de los poderes seculares en el Estado moderno ... el monopolio de la violencia física, la captación y distribución de rentas generales y la administración de los medios para obtener la integración nacional ... el debilitamiento de la idea cosmopolita de la universidad medieval ... la burocracia estatal ... los ministerios de educación ... una severa y frecuentemente militar disciplina, estrictamente organizada y controlada por un despotismo ilustrado que gobernaba hasta el último detalle el currículo, la concesión de grados y la conformidad de visiones académicas con las doctrinas oficiales, incluso de hábitos personales como la prohibición para los miembros de la universidad de dejarse crecer barba (como en tiempos del pinochetismo) ... *érase* la retórica e ideología estado-docentista latinoamericana tomadas en préstamo de la Francia decimonónica ... *érase* que el conjunto del sistema educativo daba respuesta a necesidades específicas del mercado laboral ... *érase* el modelo humboldtiano, el de mayor influjo a lo largo del siglo XIX en Europa y Estados Unidos y en el resto del mundo durante el siglo XX ... *érase* la *Bildungsbürgertum* ... el Estado docente (*Erziehungsstaat*) paternalista-ilustrado ... la universidad moderna aspirando a la homogeneidad bajo la forma de nación ... *éranse* la *Wissenschaft* y la *Bildung* ... Federico Guillermo III Napoleón en Jena ... *érase* el 4 % de ingreso por concepto de aranceles en la Universidad de Berlín ... un subsidio estatal del 84% para la misma Universidad ... y del 86% para la Universidad de Heidelberg ... *érase* que hacia 1850 pocas universidades poseían patrimonio suficiente para cubrir sus gastos con recursos propios ... Oxford y Cambridge ... *érase*

¹⁵ se refieren a la escolaridad de dos libros.

que la universidad moderna se transformó durante el XIX en representación paradigmática de lo público ... en un potente instrumento del Estado de bienestar ... Érase que arribó el *postmodern* ... la reestructuración del Estado en el contexto de la globalización ... la insubordinación de la economía a la política nacional ... el cambio en la infraestructura de la comunicación humana ... el surgimiento de una sociedad a escala global ... la contracción del mundo ... éranse, por fin, las universidades tal como hoy las conocemos en variopinta diversidad ... producto de la acción del Estado y de iniciativas surgidas de la sociedad civil ... la aparición de numerosas instituciones privadas de educación terciaria ... el progresivo incremento del financiamiento privado ... la educación superior incorporada a las dinámicas de los mercados ... el anhelo de expresar la diversidad de formas de vida ... érase que no hay ninguna vinculación necesaria entre lo público y las universidades estatales ... que todas las universidades pueden producir bienes públicos y aspirar al financiamiento estatal ... érase que es imprescindible que el Estado cuente con un puñado de instituciones que expresen la pluralidad social; éranse Brunner y Peña en el 2011.

2.1 “No es azaroso que los que dominan localicen su futuro en el pasado, y que éste se convierta en el lugar donde se repite con antelación lo consumado por ellos. Escamotear lo perpetrado, borrar las manchas y las huellas de la actualidad por la vía de una regresión, borronea los contornos de la historia presente y con ello se desdibuja todo concepto de historia. Los vencedores, erosionada así su corporeidad histórica, van al pasado como a una fiesta a duplicarse especularmente en los triunfos de los antepasados para cobrar cuerpo. En este revival la moda oficia de alcahueta. Con su pompa y su ciencia restaura, reviste y suplanta ortopédicamente la desdatada inmaterialidad de los recién arribados con las fáciles e indolentes reencarnaciones del lujo. Con las mismas tiras de antes, la moda los hace iguales a los iguales de siempre. En el espejismo de su semejanza reproducen su vacío” (Kay, 1980).

22. Brunner y Peña intervienen de este modo en la antesala de la *inflección de la movilización de 2011* que activó el levantamiento estudiantil, militando en su prólogo, en la interfaz neoliberal que sustituye la calidad por la rentabilidad, que iguala la excelencia a la ganancia. Escamotean no solo la genealogía de la universidad financiera, que no vino al mundo en una relación comercial entre profesores y estudiantes hace siglos atrás, sino con un Golpe de Estado soberano que repartió el botín del Estado entre empresas, empresarios y parientes.

23. El levantamiento insistente de secundarios y universitarios ha venido mutando, también, desde el 2011 la lengua del Mineduc, variando la lengua media educacional que pasa a través de los cuerpos reproduciéndose al producirlos y contenerlos después de casi 30 años de instalación, ajustes y usos. Va variando la lengua al retomar, en esta mutación, lo que había ido quedando atrás. No hay fundacionalismo en esta variación, no hay muertos que entierran a los muertos, en lo posible. No hay tampoco una finalidad previa, un guión que guie la variación. La fuerza, la enunciación y la transformación, son una y la misma cosa en el levantamiento *menor* que hace visible y desnaturaliza la lengua mayor en que se despliega. Traza su metamorfosis en medio de una tela o pantalla de clichés que, como una iglesia invisible que ha cumplido su evangelización borrara su genealogía operando entre las poblaciones como naturaleza. Los clichés, las consignas, los decretos, los contratos, la letra grande y la chica, están por todas partes. Es en medio de las semióticas y semánticas neoliberales que la variación, que el levantamiento, la diégesis

estudiantil se abre camino en, con y a contrapelo de las contenciones del dispositivo neoliberal, sus medios de comunicación, sus planillas de pago, su poder de inversión, su policía.

23. Si la lengua mayor del Mineduc va siempre del contenido a la expresión: *lo que bien se concibe bien se enuncia*, la lengua menor en que se traza el levantamiento estudiantil, primero se enuncia, se expresa, se traza; y después concibe para insistir más allá de lo concebido. No hay guión previo para un levantamiento sostenido. Mucho menos improvisación. Ni guión ni improvisación. Su conato se abrió camino y transformó la cualidad de la interfaz que lo contenía excediéndola antes que nada porque pudo excederla, visibilizarla. En este sentido la fuerza estudiantil no lo fue de una voz o lengua oprimida que se manifestara negativamente contra el paradigma que la oprimía; sino el levantamiento afirmativo que unas multiplicidades realizaron en medio de una lengua dominante.

24. Poco en el levantamiento ocurrió según guiones: la enunciación fue primero que el enunciado. Poco en el levantamiento acaeció como improvisación. Mucho tuvo lugar según el rigor de una performance que se tomó una parte, gran parte, o toda la tela. Nada en el levantamiento se hizo, a la vez, sin riesgo. El principal era el empastamiento, hundirse en la grisalla. No hay reforma a la reforma ninguna sin bordear, sin pasar por la grisalla y el riesgo de hundirse ahí. De ahí que el rigor del levantamiento, su performance, tiene que cruzarla y en medio de ella trazar una figura.

25. El gesto reflexionante, modernista, de la universidad moderna, experimentará su imposibilidad en la subsunción neoliberal de sus fuerzas a la lógica de la rentabilidad abstracta modernizante y la fetichización de sus fueros en un canon de objetos y prácticas disponibles como mercancías que rentabilizan capitales abstractos.

Dicho ahora en lenguaje metafísico: experimentará los límites de su apertura, su (im)posibilidad, en la revelación de que la investigación fundamental que ella constituía en tensión con la investigación finalizada o instrumental, era el resorte que nutría la investigación finalizada de la que se diferenciaba, alimentando el conflicto de las facultades de la universidad moderna entre saber y verdad, modernización y modernismo.

26. Pero sobre todo la universidad moderna experimentará su crisis no moderna, la crisis de su conflicto modernismo/modernización, en la exposición de su apertura como clausura androcéntrica; exposición esta que el feminismo, como performance masiva le propina a dicho horizonte androcéntrico. La universidad moderna y la universidad modernizante experimentarán su crisis no moderna y no modernizante, en el retorno de lo que el horizonte androcéntrico, en toda la fuerza de su excepcionalidad categorial, excluía en su inclusión (o incluía como exclusión). Es la violencia imperial de su horizonte reflexionante/modernizante androcéntrico-occidental, lo que se vuelve visible en la violencia feminista imposible de aquietar en dicho horizonte, violencia feminista que tiene al menos la magnitud intensiva del horizonte dispuesto de la disponibilidad androcéntrica.

El acontecimiento de la crisis feminista afirmativa de la universidad moderna (modernista/modernizante), crisis que promete traer consigo resistencias destructivas de la rentabilidad abstracta del capitalismo neoliberal, tuvo su acontecimiento, plagado de precursorías póstumas, en el mayo feminista de 2018 (...)

II

Violencias de la Universidad

¡Publicar! ¡publicar!... después escribir.

Lamborghini

1. La página en blanco invita a avanzar sobre su vacío. El talante inmediato ante su llanura suele ser el de una usuariedad expedita. Precipitas sobre ella trazos desatentos, esbozos automáticos. Algo análogo ocurre con los pañuelos y sábanas, fundas y servilletas, prendas interiores, gasas de diverso tipo que se disponen a recibir las secreciones inerciales del cuerpo — “las voces fecales, las letras seminales, los grafismos menstruales, escatologías diversas”—. Ronald Kay, a quien parafraseo y en parte cito, escribió *El cuerpo que mancha* (1980), ensayo que hace de musa al arranque de este escrito. Lo que me acerca a su texto es la eficiencia con la que filtra la historia natural, inconsciente, noumenal si puede decirse, en la escritura alfabética y sus esfínteres de control y disciplinamiento que regulan el paso y el no paso de los flujos, la negociación continua entre los formalismos, manchismos y manierismos de frontera, toda una (i)localización, una guerra civil (*stasis*) que en lo más feliz de su efervescencia hace “figura”,¹⁶ en lo más lóbrego “grisalla” (Deleuze), y en su estabilización como regla, clichés:

Lo que me aleja del texto de Kay es el tono historicista con el que sustantiva la mancha primaria como “presencia precultural” indomable, premisa salvaje, precursora del trazo y la escritura alfabética. Porque es en medio del *a priori* histórico del caso que la mancha, lo primario, se constituye y tiene lugar (Freud): *no hay primera sin segunda*, se dice, no hay primario sin secundario. El autor engendra sus precursores (Borges). La mancha también se escribe, al menos se subraya. Solo es posible en medio de una gramática que ha demarcado lo puro de lo impuro (Nietzsche).

Más que la inercia de flujos primarios —ya contenidos, jerarquizados, distribuidos en la articulación cotidiana del mercado profiláctico— lo que la forma histórica resiste, son los desvíos destructivos que la desandan, la leen, vuelven visible su condición. Violencias, rigores escriturarios desobstantes que la forma histórica no puede simplemente reconocer ni articular, disponer. Porque es su horizonte de articulación, reconocimiento y disponibilidad, en cada caso,

¹⁶ En su libro *Imagen tiempo* (1985), Deleuze refiere “la estabilidad de lo que no cesa de variar [...] imagen-tiempo directa que da a lo que cambia la forma inmutable en la que el cambio se produce [...] la forma inalterable llenada por el cambio [...] la reserva visual de los acontecimientos en su exactitud”. Así, “las naturalezas muertas de Ozu duran [...] los diez segundos del jarrón que permanece a través de la sucesión de los estados cambiantes. Una bicicleta también puede durar, representar la forma inmutable de lo que se mueve, a condición de permanecer, quedarse inmóvil apoyada contra la pared (Ukigusa). La bicicleta, el jarrón, las naturalezas muertas son las imágenes puras y directas del tiempo”

aquello de lo que tal escritura da cuenta, volviendo el principio de reconocimiento y articulación en objeto reconocido ... ¿desde dónde? Ninguna forma histórica se deforma simplemente ante fuerzas simplemente a-históricas. Solo fuerzas históricamente informadas consiguen resistir, visibilizar, leer la forma histórica; y en esa lectura hacerla transitar de su posición de sujeto invisible que articula lo visible, a una posición de objeto avistado ... ¿desde dónde, otra vez? Ya no, en todo caso, desde el ojo hegemónico de avistamiento; sino desde un ojo en ciernes, espectral, presente solo en proporción al avistamiento del ojo pre-dispuesto.

Y no hay que temer aquí la proyección de un sujeto privilegiado de escritura, un héroe o santo que opera ese desobramiento. Son las iglesias o los partidos los que reducen la escritura crítica al resultado de una inteligencia, una vanguardia destacada, de primera respecto de otras que hay que liberar, guiar, ilustrar. Tampoco hay que temer un experimentalismo o espontaneismo *naive* como el de “las voces fecales”. Ni héroes, ni espontaneismos ni fecas. Solo la escritura desujetándose, desposeyéndose, desposicionándose, se abre camino ex-apropiando sujetos, propietarios y posiciones en el reparto jerárquico de lo dispuesto. Es el naufragio del sujeto, del propietario, de la posición lo que la escritura desencadena. Ningún experimentalismo se confunde con ella. El experimentalismo no hace más que revolotear novedades multiplicando consularmente el mercado de lo dado.

2. Cuando se trata de escribir, sin embargo, en sentido laxo lo digo todavía, pero en una escala menos inercial que la del grafismo clónico, un breve informe de compromiso, por ejemplo, los objetivos de un curso, etc., la superficie blanca parece crisparse en innumerables señales, avisos y condiciones de tránsito; como si a la mano distraída le cayera encima una indexación completa tomándose panópticamente la página, la escena de escritura; permitiéndole escribir pero obligándola a hacerlo según las gramáticas en curso: “el fascismo de la lengua” del que hablaba Barthes, que más que impedir hablar obliga a hacerlo de una manera.¹⁷ La mejor interfaz, ha escrito el artista visual Felipe Rivas (2016), es la que siendo “cada vez menos ella misma consigue un acoplamiento perfecto con el usuario [...] convirtiéndose en uno”: el “mundo” inmediatamente dado como interior y exterior del sujeto, la percepción natural sustantivada: el mito de lo actual. De modo análogo la indexación universitaria de la escritura (y de la vida), en cada caso, termina repartiéndose, naturalizándose y fomentándose míticamente como condición suficiente de la escritura universitaria (y de la vida), homogeneizándola bajo un traje pluralista. Como si la escritura universitaria y la universidad encontraran su absoluto en el conflicto central de indexaciones en cada caso en curso, exiliando de cualquier financiación y prestigio las maneras críticas que estando a la altura, por una parte, del ideal de transparencia que la propia indexación en su plasticidad exige, la desobren exhibiendo su simulacro como simulacro

¹⁷ “Aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje o, para ser más precisos, su expresión obligada: la lengua. El lenguaje es una legislación, la lengua es su código. No vemos el poder que hay en la lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación, y que toda clasificación es opresiva: *ordo* quiere decir a la vez repartición y conminación. Como Jakobson lo ha demostrado, un idioma se define menos por lo que permite decir que por lo que obliga a decir [...] la lengua, como ejecución de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista, es simplemente fascista, ya que el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir” (Barthes).

imponente. La violencia indexadora se cierra sobre sí inhabilitando el manchismo que le hace el juego sin calificar y sin desestabilizarla, consolidándola al otorgarle autoridad de censura. Pero sobre todo la indexación se autoafirma golpeándose la armadura contra la escritura que, repitiendo los estándares, la comunicabilidad y transparencia por ella dispuesta, amenaza exhibirla (Derrida) en su condición particular, su gestualidad universalista, su eficacia imperial; desestabilizándola en la medida de lo posible. No se trata, en todo caso, de condenar como falsas los simulacros de indexación universalista; sino de profanarlos, retroaerlos, rebajarlos a su condición.

3. No hay novedad en lo que planteamos. Mas bien reiteramos *grosso modo* lo temáticamente expresado en escritos, cifras claves publicadas y debatidas durante las tres últimas décadas del siglo pasado y de comienzos de este, textos que a su vez releen y traducen escrituras memorables cronológicamente más lejanas de interpelación ineludible a propósito de las relaciones entre universidad y facticidad, indexación y hegemonía, escritura y evento disruptivo. Lo que metodológicamente se adelantó en estos textos fue que la relación crítica-afirmativa de la universidad con su posibilidad solo era viable performáticamente en medio la facticidad de las indexaciones (o lo que fuera) en conflicto. No como una posición más que se añadía a los vectores en conflicto; sino justamente como evento fuera de conflicto: en el conflicto sin ser del conflicto; en el conflicto fuera del conflicto. Fuera también de la lingüisticidad, articulabilidad y enunciatividad del conflicto. En un balbuceo, una escucha, una “publicidad”, un público imposible en medio de la facticidad posible.

4. En el otro extremo de la usuariedad empática circula una especie de “estereotipo de la escritora, del escritor [...] paralizados ante la página en blanco”,¹⁸ en estado de sequía. Pero “es un tercero, no el escritor,” ese cónsul del productivismo y la cronología que cualquiera de nosotros regularmente es —y parafraseo a Deleuze ahora— el que atisbando por sobre el hombro del que escribe, comenta: “¡Vaya! ¡No ha escrito nada aún! [...] ¡La página sigue en blanco!” Y objetivamente la página está en blanco para el tercero que mira —tercero que puede ser la misma escritora que observa cómo se le va el tiempo (la fecha) consignado para la entrega, tiempo que no se compadece con el tiempo de la escritura—.

No hay página en blanco para la escritura. La página “está atestada”, prescrita al punto que no hay lugar para añadir algo. Lo mismo que la página, la cabeza. Porque no hay menos consignas, prescripciones, clichés, en la una que en la otra. La misma interfaz en su plasticidad prescribe a ambas. De modo que escribir, si es posible algo así como performance no solo consular o redundante, será antes que nada “borrar, despejar,” deponer las posiciones dispuestas. No usar simplemente la violencia consular de lo en cada caso ya dispuesto como dispositivo indexador, sin interrumpirlo, hacerlo tropezar en la medida de lo posible. Yo hago marcas, escribe Bacon, “el gran procedimiento de limpieza local, con trapo, escobilla o brocha”, “para

¹⁸ En el año 2003 el cineasta Raúl Ruiz realizó un film denominado *Vértigo de la página blanca*. En su curso *Pintura* (2007), Deleuze comenta varias cosas respecto del estereotipo de la escritora, del pintor, congelado ante la superficie blanca, del “*pasan los días y aún no ha escrito o pintado nada* [...] es estúpido hasta las lágrimas”.

destruir en la tela la figuratividad (los clichés) naciente y dar una oportunidad a la Figura” (Deleuze).

Dar oportunidad a la figura no quiere decir dar lugar a una escritura verdadera o más verdadera por oposición a una falsa o más falsa. A lo más quiere decir ‘volver visible las condiciones que posibilitan la imponencia de un simulacro’.

5. Para cualquiera efectivamente dispuesto en el cuerpo, la pulsión de incondicionalidad de la escritura, no hay página en blanco. Para la escritora, para el pintor, nada hay más intencionado, condicionado que esa inmediatez mítica que para el tercero —ese tercero que el dispositivo consular es a través de nosotros— se brinda como página y como subjetividad en blanco. Nada más prescrito que la tersa llanura de las indexaciones en que a diario —en la fricción del conflicto de indexaciones, aunque sin fricción con ese conflicto— nos desenvolvemos. Cualquier inmediatez para la escritura, partiendo por la suya propia, constituye un dispositivo constelado de condiciones, contenciones pre-dispuestas, indexaciones que, envolviéndola táctilmente por dentro y por fuera en cada caso, se le impone como mediación en la que está inmediatamente pre-dada, producida, instalada.

Cualquier inmediatez constituye, para la escritura, una densa capa de estratos que a la vez que la posibilitan, la producen, la bloquean. La institución universitaria es mucho menos los edificios, los programas, los cuadros sinópticos y reglamentos a la vista, que el modo de articulación invisible de la manualidad a partir de la cual interactuamos con esos edificios, programas y reglamento (Derrida). La efectiva performance de una escritura se activa, si es que se activa, en medio de la violencia ex-propiadora devenida regla usuaria que enmarca lo verosímil, lo posible y lo imposible. En ella, con ella y a contrapelo de ella, la escritura se juega la rigurosa performance de la igualdad inequivalente de las inteligencias o escrituras singulares; la ex-apropiación de la equivalencia desigual de las inteligencias.

6. No hay vértigo ante el vacío, para la escritura. Más bien asfixia en el lleno, en la violencia de lo imponente que lo recorre e (im)posibilita. De ahí que “en un universo de tal tipo la única creación sea de-creación, la única adición posible, la restancia, el único movimiento, la pausa” (North), la huelga pura. En ningún caso la pasividad absoluta. Pasividad débil más bien, a contrapelo del absolutismo con el que el cliché juega a superarse, conservándose.

Y no se trata simplemente, para la escritura, de abrirse camino desobrando uno a uno los clichés a través de su lleno; sino de desandar la articulación, la gramática, las relaciones de producción hegemónicas, particulares e imponentes de los clichés, que son también las relaciones de producción suyas, que ya existían y obligaban; que hablan y operan, a través de la escritura, y que seguirán haciéndolo después de la escritura, en tanto que bloqueada. La página blanca tiene tantas o más prescripciones que el escritor / la escritora que en un momento dado, en medio de las prescripciones, constituida por ellas, se abre camino siguiendo el dictado de la escritura, exiliándose en el dispositivo y del dispositivo. No hay desobramiento sin la experiencia de ese exilio. Y si la universidad solo se constituye albergando también a la escritura; no habrá

universidad sin esa experiencia; si su saber, su *tekhné*, no se experimenta, también, desde ese exilio.

Más que llenar un vacío, la escritura desanda un lleno en la medida de las fuerzas incondicionantes que la recorren y mientras duren: el lleno polimático y politécnico, el reparto jerárquico del dispositivo, en cada caso, que a diario ocupa y pre-ocupa. En medio de ese atestamiento, a través y a contrapelo de él, se abre paso, o no, la escritura, el respiro incondicionado en medio de lo condicionado.

7. Más que satisfacer el imperativo de publicar y redundar en algún circuito consular de indexación; más que marcar épica o empresarialmente una distinción en el horizonte del mercado posible, del conflicto central de indexaciones —donde la marca de la distinción es inseparable de la existencia misma (Valéry)—, más que redundar en las relaciones de articulación de la circulación o publicación, la exigencia de la escritura es desobrar, desandar tal articulación o conflicto central. Desandarla en y a través de la articulación misma (no hay otro *medium*). La exigencia de la escritura, por lo mismo, es no publicar al publicar, no circular en medio de la circulación, como la moneda falsa o la viviente, lejos de las corrientes en medio de muchas.

8. Antes que en la producción de una obra más en medio del dispositivo, la escritura consiste, hasta donde sea posible, en la desobra y profanación de las condiciones de producción efectivamente dispuestas del dispositivo. En la medida en que la escritura desobra las condiciones del dispositivo, su cifra, no puede sino erigirse para lectoras, espectadores, auditoras que no existen —incluida la escritora, el escritor mismo que se desobra a sí mismo en esa escritura; que desobra las condiciones de lectura, expectación y audibilidad que a él mismo lo preconstituyen—. En este sentido la (des)obra como escritura abre a un exilio de segundo grado que, más que trasladarnos a otra zona del mundo nos expone a lo abierto sin mundo.

9. Publicar, publicar, circular, circular, redundar, redundar. No puedes no redundar. Tampoco puedes simplemente hacerlo. Cuando das clases, por ejemplo, tienes que repetir el *a priori* imperial comunicativo, la verosimilitud lingüística dada en sus estructuras de reconocimiento, el saber en su plasticidad instituida. ¿Sino cómo, en qué lengua, en qué medio ibas a dar clases? Pero, a la vez, no puedes simplemente repetir. Algo tienes que aportar, un mínimo de “novedad,” un plus de experiencia, un *novum*, una chispa de *entertainment* en el pie forzado de las relaciones de comunicación, de acreditación o excelencia, de lenguaje y de imagen dadas. Te repites sin novedad, sin entretención, y bajas en los sondeos de evaluación, de inclusión; y te importa. Y si al innovar no lo haces de modo satisfactorio en las relaciones de comunicación, de articulación y acreditación ya dadas, automáticamente te recriminas por no estar a la altura de los carteles de indexación, la hegemonía de la acreditación del caso.

Las relaciones de comunicación y de articulación constituyen el *a priori* de la publicación y la enseñanza. La novedad o el *entertainment* es su combustible. Sé novedoso, entretenido en la redundancia, es la consigna. Sé innovador y comunicativo con el rey y con el pueblo. Publica, publica, no escribas. Es decir, no repitas las mismas cosas desde la experiencia abismal del exilio

en el dispositivo y del dispositivo. Habla siempre, más bien, de nuevas cosas en las viejas relaciones de comunicación y articulación. Entretiene, enseña, publica, no escribas.

10. La anomalía de la escritura, junto con suceder en la facticidad de las relaciones comunicativas dispuestas, ha de acontecerle a dicha facticidad. Junto con suceder en la tela, en la articulación, ha de acontecerle a la tela y a la articulación. De ahí que la escritura es una relación al sublime (la [in]articulación); y que su violencia no sea simplemente enseñable, comunicable. Su anomalía desobstante en la facticidad lo es respecto de tal facticidad. No puede, por lo mismo, constituirse ni inscribirse como una más de las mercancías o capillas en que la facticidad se despliega como pluralismo. La anomalía de la escritura no lo es simplemente en la facticidad dada, sino respecto de esa facticidad, su forma, su articulación comprensora.

En una facticidad en cada caso dada, nutrida por todo ello, pero nutrida también por la experiencia del extrañamiento de/en el dispositivo, la escritura va dotando imperceptiblemente de cifra su acontecimiento, donando en la facticidad una traza que la facticidad —que la escritura misma en tanto facticidad— no tenía. Que no solo no tenía, sino que la pierde; y que no la suelta ahora mientras la disemina. Su operación es más bien de don, entonces, y no de *novum*. Don de una pérdida, una inarticulación; no objetos. Pura violencia deponente.

Esa escritura que va donando al desobrar se incorpora al dispositivo como una estrella más en la constelación que el mismo dispositivo requiere de algún modo disponer, excluyendo, incluyendo/excluyendo, canonizando, glorificando como documento o monumento de cultura esa escritura, esa experiencia que lo desarticula y no puede simplemente articular.

¿Cómo ocurre que una cosa extraña, extrañante, que desarticula y exilia, en un lapso temporal se convierte en canon del saber/poder de la universidad? ¿Cómo y qué le ocurre a esa escritura, en ese lapso de traducción o indexación imperial, que la revierte en cliché bibliográfico habitual? ¿Cómo es que la escritura, el *verdadero estado de excepción*, a pesar de él deviene usuario, legal? ¿Cómo, lo an-hegemónico deviene hegemonía reasignando lugares y jerarquías, aunque insista, a la vez, como extraño?

Para examinar cosas de este tipo, la universidad parece haber constituido una institución privilegiada de exploración. Todavía lo sigue siendo, aunque no ya como claustro. Más como *circulación ampliada* del cliché.

III

Prólogo a la edición de 2019 ¹⁹

¹⁹ Prólogo a la re-edición de *La crisis no moderna de la Universidad Moderna*: Willy Thayer. Ediciones Mimesis, Viña del Mar: 2019. (Nota del editor)

En la conversación que sobre este libro organizó la Editorial Cuarto Propio el año 1996, en la que participaron Federico Galende, Pablo Oyarzún, Guadalupe Santa Cruz y su autor, conversación que se publicó con el libro, aunque fuera del cuerpo del libro, Guadalupe Santa Cruz señalaba lo siguiente: “Hay para mí otras incomodidades respecto de los silencios del texto. En algún momento tu nombras el pensamiento feminista, en una pequeña cita en medio de él²⁰ ... A propósito de naturaleza y cultura, justamente, todo el contrato social nos deja fuera a las mujeres. Entonces, hay un discurso aquí que no tiene piso: ¿quién habla? ¿a propósito de quién habla? Celia Amorós, una filósofa española, dice que el contrato social nos califica a nosotras como naturaleza, pero de una manera ambigua, que exalta y excluye a la vez. Por un lado, como naturaleza legitimante ... dentro del hogar, en el espacio privado ... como guardianas de una cierta virtud en el seno de la familia. Y por el otro, como naturaleza que hay que dominar, controlar ... No ser parte del Contrato Social es algo que a las mujeres nos ha hecho, evidentemente, problema. Entonces cuando se habla del contrato social, del ‘sujeto moderno’, ¿a quién se está suponiendo? Para mí ese ‘sujeto moderno’ tiene que declinarse, particularizarse, ubicarse histórica y geográficamente ... En los dos momentos que tú señalas —se refiere a Federico Galende quién sugiere que la filosofía y la política nacen juntas— las mujeres estamos ausentes: en la polisgriega y en la revolución francesa. De ahí que nosotras tengamos un destiempo respecto de la filosofía. Geneviève Fraisse tiene una reflexión muy interesante, justamente sobre la ausencia del tratamiento de la diferencia de los sexos en la filosofía. Ella subraya el hecho histórico de que, desde la filosofía, se nos conceden atributos de manera tardía —el de ‘sujeto’, por ejemplo— cuando estos atributos se encuentran ‘depotenciados’ ... cuando ya han perdido parte de su potencialidad política”.

Lo que queda fuera del contrato social-universitario, aquello sobre cuya represión se erige la trama de instituciones e institutos que dispone qué saberes, qué prácticas, qué gestualidad, qué sexualidad, y según qué jerarquías, participan y no participan en la vida universitaria, es aquello que la escritora convocaba a través de los nombres “las mujeres”, “el feminismo”, “las subalternidades”, subrayando a contrapelo del libro, la clausura en que se sostenía su democracia expositiva.

Releída la conversación después del mayo feminista de 2018 —en la resonancia de una constelación de escrituras debatidas durante las últimas décadas, escrituras que a su vez releen y traducen otras escrituras cronológicamente más lejanas de interpelación ineludible— las intervenciones de Santa Cruz advienen retrospectivamente como el futuro anterior de una *crisis no moderna de la universidad moderna* que quedó fuera del horizonte temático de *La crisis no moderna de la universidad moderna* que se publicó en 1996. “Los silencios del texto” a que aludía Santa Cruz, lo que quedó a la sombra de lo que sus tematizaciones iluminaron, era el

²⁰ Se refería a este pasaje: “Por una vía análoga a ésta, el pensamiento feminista habría denunciado más radicalmente los subterfugios de una tradición filosófica de saber que oculta el modo en que un orden hegemónico —la masculinidad occidental— detenta y controla el monopolio de los códigos culturales tras el falso supuesto de la neutralidad, la impersonalidad del conocimiento, su pretendida indiferencia a cualquier diferencia. Desde la crítica de la discriminación sexual, la teoría feminista hace visible la masculinización del conocimiento universitario que se simuló asexuado y universal. La crítica feminista subvierte una de las bases más mistificadoras del saber universitario como saber presuntamente neutro, puro, efecto de una inteligencia en seco, sin historia, capaz de leer ‘objetivamente’ cualquier texto, de cualquier época, en cualquier época, en su verdad” (Marchant, 1996, p. 60.)

marco antropológico-heterosexual-occidental en que la universidad moderna —su *idea*, su imperialidad, en la singularidad de sus concreciones— habría ocurrido. En sus intervenciones la escritora tocaba, entonces, la cuestión del marco, del estilo de la tela en que la universidad moderna, en la variedad de sus emplazamientos —las esquirlas, las ruinas, *la vasija quebrada* de su *idea*— estaba pintada; estilo que el libro no (se) sacudía. De haberlo hecho, *la crisis no moderna* de la que hubiera escrito habría sido otra. Otra crisis, otro libro. Uno al que este prólogo a su reedición alude, echándolo en falta, como se echa en falta lo que habiendo podido ser, no tuvo lugar. Un libro ese, el faltante, que habría hecho caer en el campo descriptivo de su performance, el marco antropológico de la universidad moderna en su comprensión naturalizada de la diferencia sexual binaria hombre/mujer, masculino/femenino; en un pacto social y un contrato universitario que “dejaban fuera a las mujeres”. La lucha sexual de clases ya repartida, naturalizada, y de ese modo fomentada de facto en roles y jerarquías hegemónicas —lucha de clases desaparecida como tal lucha en la inmediatez mítica de una actualidad gestual androcéntrica que se producía/reproducía, publicaba y modernizaba por doquier, asignando las funciones, las poses, los gestos desde lo más definido y obvio, hasta lo más difuso y nimio— exiliaba a las mujeres “al espacio privado de la familia”, apartadas de lo “público”, como reproducción no salarial, teológica, de las fuerzas de trabajo, de las fuerzas del conocimiento, de las fuerzas políticas, las fuerzas de la cultura. Un libro aquel que habría debido desandar la fetichización de la metonimia “hombre” como nombre genérico y pretendidamente neutro de la humanidad heterosexual hombre/mujer.

El solo hecho de que esa humanidad no pueda ser nombrada por la metonimia “mujer”, que “mujer” sea una metonimia inverosímil como nombre de la “humanidad”, vuelve avistable la no neutralidad de la metonimia “hombre”, la masculinidad que recorre la usuariedad del nombre “humanidad”.

La insidia de la metonimia “hombre” destella sobremanera en la pregunta por el nombre propio de lo “humano” inscrita como pregunta por el “nombre propio del hombre” ... *¿Qué es el hombre?* ... *¿Qué es la humanidad?* ... en la retahíla de elaboraciones escriturarias de esa pregunta —ella misma antropológica— que lo consignan en memorables formulaciones como *animal racional, animal político, animal mimético, creatura privilegiada, cosa que piensa, individuo, sujeto, producción y modo de producción, dasein(?)*; hasta su tematización como la “cosa”, la “X” que, sustrayéndose a esas determinaciones, posibilita tales determinaciones según la singularidad de la escucha y elaboración escrituraria, en cada caso. Pero, entonces, y aquí la insidia otra vez, la “X”, la “cosa” anasémica, por así decirlo, viene ya pre-enmarcada antropológicamente como pregunta por el nombre del hombre.

Las sexualidades lesbiana, gay, transexual, bisexual, intersexual, hacen visible, por su parte, la no neutralidad de la metonimia “humanidad heterosexual”, en cuyo pacto de ficción dominante quedan negadas, como perversiones. A su vez, la sexualidad, la corporalidad *menor*²¹, las parafilias afirmativas que merodean, recorren, se contagian de identidades sin anidar en ninguna, trastornan en su contorneo no solo las fronteras sexuales, sino también las nacionales, de clase, de raza, de especie (y ya rozamos los *Geschlecht* de J. Derrida). Sexualidad, corporalidad menor,

²¹ Que no llega a género, a unidad; que en la representación muere.

que vuelve visible y circunscribible, la no neutralidad, la arbitrariedad, la violencia devenida regla de la identidad antropológica con su reparto y jerarquización categorial, humanista, de lo existente. Corporalidad menor que se deja afectar-infectar de una monstruosidad que desobra la estabilización antropológica de la diferencia normal/monstruo en su columbario de categorías y taxonomías jerárquicas²²; corporalidad menor que reverbera una anomalía crítica, una performance que enunciándose sin enunciado, desanda la performatividad enunciativa del alfabeto occidental. Un libro aquel, que a la saga de una constelación de escrituras inomitibles que lo habrían posibilitado, deconstruía ya, entonces, los estabilizadores antropológicos de la sexualidad²³ y la universidad moderna; libro que habría correspondido en su *manera*, a lo que Guadalupe Santa Cruz inquiría respecto de *La crisis no moderna* de 1996.

**

En el subtítulo a su título, *La crisis no moderna de la universidad moderna* de 1996, decía ser también un *epílogo del conflicto de las facultades*, aludiendo al texto de 1898 de Kant. Epílogo al conflicto trascendental entre la facultad superior técnica y la facultad inferior especulativa; epílogo al acontecimiento de la universidad filosófico-moderna que, en tanto *idea* al menos, se había desplegado desde Kant a Althusser (o como quiera que se llamen) inclusive, según lo proponía en su *prólogo*, circunscribiendo en esos hitos escriturarios, el despliegue de su acontecimiento moderno. Acontecimiento este que entraba en desazón en la misma medida en que otro acontecimiento —ya no moderno o no solo moderno, y que el moderno no podía comprender— irrumpía comprendiéndolo a él. Heidegger²⁴ y Derrida eran referidos también en ese *prólogo*, como hitos escriturarios no modernos que leían/deconstruían el acontecimiento de la universidad moderna kantiana. Lecturas epilógicas que tornaban visible que *el conflicto de las facultades*, que el diferendo moderno entre la Facultad de Filosofía (crítica) y la Facultad Técnica (ejecutiva), entre la *investigación fundamental* y la *investigación finalizada*, entre *conocer* y *pensar*, se indiferenciaba como resorte del equipamiento operacional universitario bajo la hegemonía del *principio de razón suficiente*. Lecturas epilógicas que, dicho esquemáticamente, darían un paso atrás respecto de la universidad-filosófico-técnica, instaurando una diferencia entre *universidad* y *pensamiento* (Heidegger); y entre *universidad* y *escritura sin condición* (Derrida).

²² Cf. Alejandra Castillo, *Ars Disysecta*. Santiago de Chile: Palinodia, 2014; *Matrix, el género de la filosofía*. Santiago de Chile, Ediciones Macul, 2019.

²³ Jacques Derrida, *Geschlecht* 1,2,3. Teresa de Laetis, *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. Macmillan Press: London, 1989; *Alice doesn't: feminism, semiotics, cinema*. Indiana University Press, 1984. Judith Butler y Joan W. Scott (eds.), *Feminist Theorize the Political*. Routledge: London, 1992. Donna Haraway, *Manifesto Ciborg. El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado*, 1984; *The Promises of Monsters*, octubre de 1990; “Ecce Homo, Ain’t (Ar’n’t) I a Woman, and Inappropriate/d Others: The Human in a Post-Humanist Landscape”, en Judith Butler y Joan W. Scott (eds.), *Feminist Theorize the Political*. London: Routledge, 1992. Rossi Braidotti, *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Nueva York, Columbia University Press, 1994. Gilles Deleuze, *Mil Plateaux, Capitalisme et schizophrénie*. París: Les Editions de Minuit, 1980.

²⁴ “El pensamiento de Heidegger sobre la esencia de la universidad marca un extremo de esta tradición inaugurada por Kant. Sería en *La Autoafirmación de la Universidad Alemana* (Heidegger, 1933) donde esta tradición filosóficamente `se consume, al mismo tiempo que se abre a una nueva responsabilidad universitaria focalizada en la pregunta por el ser’ (J. Derrida, 1984)”.

Las observaciones de Guadalupe Santa Cruz, realzaban la exclusión de *las mujeres y subalternidades* del contrato universitario; pero sobre todo colegían un diferendo entre feminismo y universidad (patriarcalmente-acontecida), feminismo y antropología, feminismo y humanidades, feminismo y occidentalidad, en un sentido análogo a *escritura sin condición y universidad técnica*. Porque el acontecimiento del feminismo no se reduce simplemente a problematizar un sector de lo fenomenal a la mano. En su paso atrás, en su escucha desistente del cuerpo fenomenal, el feminismo no se deja repartir, simplemente, en la fenomenalidad de lo patriarcalmente dispuesto. Tienta a la vez desandar la revista interminable de esa fenomenalidad, su gestualidad, su manualidad, cualquiera sea el fenómeno que examine. Desandar la manualidad, la disponibilidad, el dispositivo del hombre, del humanismo, de la antropología, era creo, póstumamente visto, el impulso que la otra *crisis no moderna de la universidad moderna*, la no escrita, en tanto *crisis no patriarcal de la universidad patriarcal*, habría tomado, en la estela de los comentarios de Guadalupe Santa Cruz.